

## "Siútico" y "choro"

■ Hay veces que uno pasa por amarillos aprietos, tratando de explicar al extranjero que comparte nuestro propio idioma español, el significado de algunas palabras de nuestro lenguaje coloquial.

Es fácil darle algunos equivalentes como que un "gallo" es un tipo, una "cabra", es una mujer joven y algo "caballo" es algo de calidad superlativa, pero la cosa se complica cuando llegamos a términos que empleamos a diario y que para nosotros tienen un matiz preciso, pero cuya traducción a otras palabras castizas implica perder, justamente, ese matiz. Y cuando, logrado dar una aproximación al término, se nos consulta por su origen, el porque hemos elegido ése y no otro, ahí nuestra confusión se transforma en impotencia.

¿Cómo explicar a nuestro atento interlocutor el significado exacto del más socorrido de nuestros insultos? ¿Cómo hacerle entender que si bien, por etimología, la palabra significa que un hombre tiene sus genitales desmesuradamente grandes, ello no tiene nada que ver con las características psíquicas que se atribuyen a quien es acreedor del calificativo? ¿Cómo poder satisfacer la curiosidad de quien nos pregunta y decirle toda la significación que la palabra tiene, según las circunstancias en que se emplee y aún el tono de voz con que se diga?

Empero, los mayores problemas los he tenido con dos palabras de nuestra jerga que son casi intraducibles. Una, antigua, de intrazable progenie, como es "siútico", y la otra de claro origen, pero de inexplicable asociación con su uso popular: "choro".

Todos sabemos lo que son los siúticos, pero al definirlos algo de su quintaesencia se nos escapa. Podemos decir que son las personas redichas, aquellas que usan un vocabulario pretencioso, pero cuando nos preguntamos si podría haber un siútico mudo, tenemos que cargarnos por la afirmativa. Luego, la siutiquería no está sólo en el decir. También hay una siutiquería en el vestir —¿el recargo excesivo?— y una siutiquería en el actuar, que muchas veces se acerca a la vulgaridad, pero que está lejos de ser lo mismo. En España no existen los siúticos, pero sí los "cursis" y nosotros empleamos las dos palabras a las que reconocemos como parientes, pero no homónimas. Don Jacinto Benavente pretendió definir "lo cursi" como lo contrario de lo distinguido y si bien tenemos que aceptar que esa definición negativa calza con

la del siútico, su total significación ciertamente la excede.

En una de sus inolvidables crónicas, Joaquín Edwards Bello recuerda que, a la muerte de don Benjamin Vicuña Mackenna, un sacerdote trató de consolar a su viuda, doña Victoria Subercaseaux, con estas increíbles palabras:

—La Virgen Santísima pasó por un trance parecido cuando perdió a San José.

A lo que la viuda del gran hombre público respondió indignada:

¿Cómo puede comparar a ase carpintero siútico con mi Benjamin!

Y en este irreverente exabrupto de doña Victoria Subercaseaux se encuentra tal vez la clave de la dificultad de explicar a un extranjero el significado de la palabra siútico. Para que ella se entienda y tome su verdadera connotación debe ser pronunciada por un chileno. Y mientras más aristócrata, mejor.

En cuanto a la palabra "choro" he dedicado largo tiempo tratando de darle al amigo extranjero no sólo su real significado, sino la lógica que conduce a él. Y, por cierto, he fallado en mi intento.

Si uno dice que un "roto choro" es un hombre de condición popular atractivo, atrevido, simpático y algo sinvergüenza, estará diciendo algo de lo que los chilenos designamos con esa expresión, pero se nos queda afuera algo, lo principal, lo que hizo que usáramos el "choro" en vez de todos los adjetivos que profusamente nos regala el diccionario de la lengua. Y el estupor del extranjero preguntón crece cuando le decimos que sí al adjetivar de "choro" a una cosa y no a una persona, estamos usando al marisco en otra connotación que no debe confundirse con la de "caballo", porque algo puede ser "caballo", pero no "choro" y viceversa.

Y cuando, desalentado, nuestro amigo extranjero se sube a una micro pensando que los chilenos usamos un extraño idioma que no sabemos ni explicar y, absorbido en sus pensamientos, no se da cuenta de que le roban la billetera y regresa a contarnos el suceso, nosotros abrimos tamaña boca y le preguntamos:

—¿Cómo? ¿Te chorearon la billetera?

Y ante esta verbalización del nombre del marisco, vuelven a empezar las preguntas, hasta que uno, exasperado, dándose cuenta que no es posible de explicar lo inexplicable, le espeta a boca de jarro.

—¿Sabes que más? Ya no te doy ninguna explicación.

Me choreaste.